

Mi vecino, el asesino

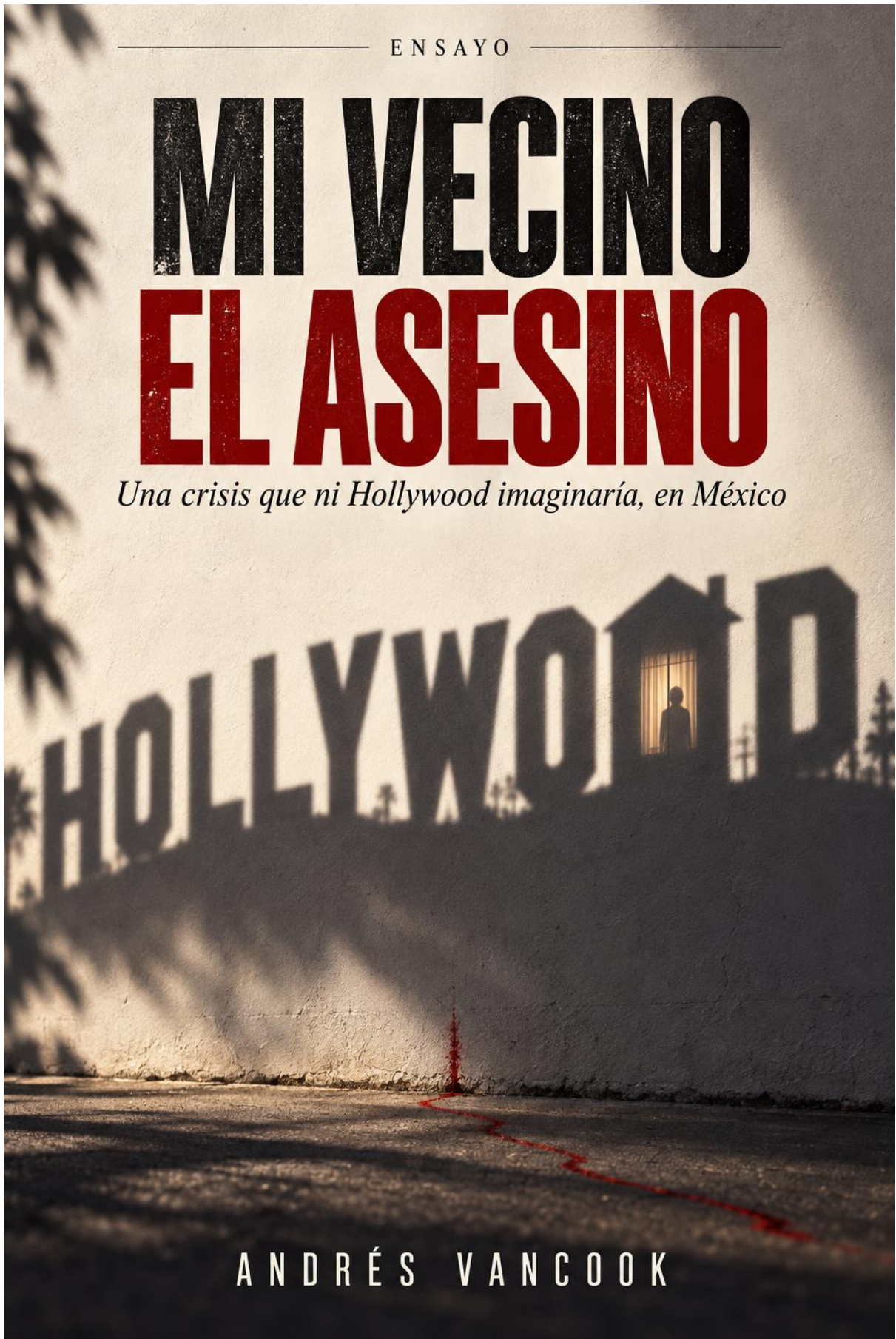
Una crisis que ni Hollywood imaginaría, en México

Andrés Vancook

— ENSAYO —

MI VECINO EL ASESINO

Una crisis que ni Hollywood imaginaría, en México



ANDRÉS VANCOOK

La fantasía supera a la realidad

Existen cientos de películas de Hollywood que relatan las acciones de personas extremadamente peligrosas: hombres y mujeres que, con brutalidad y sin compasión, arrebatan la vida a otros seres humanos. Algunos consiguen engañar a quienes los rodean, alterar la percepción de los hechos y ocultarse durante años tras una apariencia común, mientras la sociedad ignora el peligro que tiene tan cerca.

Los asesinos más célebres de Estados Unidos provocan inquietud con la sola mención de sus nombres. El culto construido alrededor de ellos ha llegado a convertirlos en figuras de la cultura popular: personajes de notoriedad pública tratados, en ocasiones, como si fueran estrellas o celebridades.

El fanatismo puede incluso superar la devoción que despiertan villanos ficticios como Freddy Krueger o Chucky. Hay personas que asisten a los juicios de criminales, les escriben y hasta les proponen matrimonio con tal de obtener su atención. Vivimos en un mundo que reclama superhéroes en la pantalla mientras, con demasiada frecuencia, prefiere ignorar a los villanos del mundo real.

Ted Bundy ha sido retratado en películas y series; Charles Manson se convirtió en un símbolo de una cultura morbosa; y nombres como el Asesino del Zodiaco, Richard Ramírez o John Wayne Gacy forman parte del imaginario criminal contemporáneo. También están Mark David Chapman, responsable del asesinato de John Lennon, y Lee Harvey Oswald, señalado oficialmente como el autor del asesinato del presidente John F. Kennedy. Esta lista, breve frente a la cantidad de casos conocidos, nos recuerda que la maldad no pertenece exclusivamente a la ficción.

Cuando escuchamos hablar de un asesino, solemos imaginar alguno de esos casos. La simple posibilidad de vivir cerca de una persona así o cruzarnos con ella en la calle produce una sensación inevitable de inseguridad. Queremos pensar que esos individuos están lejos y que su destino natural es la prisión. Sin embargo, sus historias reales pueden resultar tan aterradoras como cualquier obra de ficción.

No hace falta mirar demasiado lejos. En el México de finales de la década de 2010, la violencia homicida dejó de percibirse como una excepción y comenzó a instalarse, peligrosamente, en la vida cotidiana.

La costumbre

La repetición influye en nuestra conducta. Aquello que al principio nos sorprende, indigna o duele puede terminar pareciéndonos habitual cuando se presenta una y otra vez. A ese debilitamiento de la sensibilidad lo llamo ceguera emocional: el punto en el que dejamos de reaccionar ante el sufrimiento y convertimos una tragedia en un dato más.

En aquellos años, México registraba alrededor de noventa homicidios diarios. La cifra, por sí sola, era suficiente para mostrar la magnitud de la crisis: cientos de vidas perdidas cada semana y decenas de miles cada año. Pero detrás de cada víctima había también familiares, amistades y comunidades enteras atravesadas por el duelo.

No es correcto asumir que cada homicidio corresponde a un asesino distinto ni que todos los responsables permanecen libres. Aun así, la dimensión de la violencia y la impunidad permitía formular una pregunta inquietante: ¿cuántas personas capaces de matar convivían con nosotros sin haber sido identificadas o detenidas? Esa posibilidad vuelve cercana una amenaza que solemos ubicar únicamente en el cine o en las historias de otros países.

Las armas de fuego, la violencia extrema y el ensañamiento presentes en numerosos delitos han rebasado nuestra capacidad de asombro. Los centros penitenciarios saturados, las investigaciones inconclusas y la acumulación cotidiana de víctimas componen un escenario alarmante. Frente a él, las películas de terror pierden fuerza: la realidad ha comenzado a competir con la ficción y, demasiadas veces, a superarla.

De Chernóbil al viernes 13 de las escuelas mexicanas

Incluso ante las peores pesadillas, las sociedades buscan una salida. Las tragedias enseñan que no queda más camino que seguir adelante. La Unión Soviética enfrentó el desastre nuclear de Chernóbil mediante evacuaciones masivas y el aislamiento de territorios durante años. Después de la Segunda Guerra Mundial, varios países reducidos a escombros se reconstruyeron gracias al esfuerzo de sus habitantes y, en pocas décadas, recuperaron su capacidad productiva.

Los seres humanos somos fuertes, pero aún más poderosa puede ser nuestra voluntad. Esa fuerza aparece en medio de terremotos, inundaciones y otras catástrofes, cuando la solidaridad rompe momentáneamente el individualismo. No obstante, también somos frágiles y olvidadizos: el impulso de ayudar puede desvanecerse en cuanto regresan la rutina, la competencia y el deseo de reconocimiento.

Las redes sociales han transformado nuestro comportamiento colectivo. Han ampliado la posibilidad de organizarnos y compartir información, pero también han hecho visibles la ira, la frustración y la facilidad con la que juzgamos. Debemos aprovechar su alcance para difundir mensajes de orientación, crecimiento, empatía y esperanza. Si renunciamos a ocupar esos espacios de manera responsable, los dejaremos en manos de quienes explotan el miedo y la desinformación.

La esperanza es indispensable, pero debe estar acompañada de acciones proporcionales al problema. Si queremos dejar de transitar por un viernes 13 permanente, en un México marcado por decenas de homicidios diarios, necesitamos identificar las causas y enfrentarlas con firmeza.

Todo comienza en casa

La pobreza, la desigualdad, el rezago educativo y la falta de oportunidades colocan a miles de personas en condiciones de vulnerabilidad. A ello se suma una crisis de valores agravada por la saturación informativa: cuando no existen fuentes claras ni criterios para distinguir lo verdadero de lo falso, crecen la confusión, la polarización y el abuso de la libertad.

Las redes sociales son un factor decisivo dentro de este panorama. Por su enorme influencia, su uso responsable debería formar parte de la educación. Las escuelas y las familias necesitan enseñar no

sólo herramientas digitales, sino también pensamiento crítico, protección de datos, convivencia, empatía y capacidad para reconocer la manipulación.

La violencia parece haber adoptado algunas de las imágenes más despiadadas del cine de terror, con una diferencia decisiva: ahora podemos observar sus consecuencias casi en tiempo real a través de internet. El riesgo es acostumbrarnos. Cuando el dolor ajeno se reduce a cifras o a imágenes que aparecen entre anuncios y entretenimiento, la sensibilidad colectiva comienza a erosionarse.

La inseguridad no puede explicarse mediante una sola causa. Intervienen la desigualdad, la impunidad, la debilidad institucional, la falta de educación de calidad, la desintegración comunitaria y la ausencia de oportunidades. México posee recursos naturales, diversidad cultural, talento y una ubicación privilegiada; sin embargo, demasiadas personas viven con miedo.

En lugar de preguntar únicamente cuál es la ciudad más peligrosa, también deberíamos preguntarnos cuál ofrece la mejor educación, qué comunidad ha reducido la violencia y qué políticas han conseguido fortalecer la convivencia. Cambiar las preguntas ayuda a imaginar soluciones y a reconocer experiencias que vale la pena reproducir.

Los gobiernos tienen una responsabilidad ineludible: garantizar seguridad, justicia, educación y condiciones dignas de desarrollo. La ciudadanía, por su parte, debe exigir resultados y participar sin caer en adhesiones ciegas. Todo cambio político genera expectativas e incertidumbre; por eso, las decisiones públicas deben evaluarse con evidencia, transparencia y resultados, no sólo con discursos.

Pero la acción institucional no sustituye lo que sucede dentro de cada hogar. La educación de los niños, lo que observan entre cuatro paredes y la forma en que los adultos resolvemos nuestros conflictos marcarán su participación futura en la sociedad. Tenemos que trabajar en el respeto, la unión familiar y una palabra que a veces parece ingenua, pero sigue siendo esencial: amor.

Las familias pueden compartir buenas prácticas, conversar sobre lo que enseñan a sus hijos y ayudarse a reconocer riesgos. Las oportunidades no son iguales para todos; precisamente por eso debemos aprovechar los recursos disponibles, incluidos internet y las redes sociales, para acercar conocimiento, acompañamiento y posibilidades de desarrollo.

Cuidemos la mente y el corazón de nuestros niños para que, en unas décadas, sean capaces de reconstruir lo que hoy parece deteriorado. México ha destacado en el deporte, la ciencia, el arte y la cultura. Su historia demuestra que posee creatividad, resistencia y una enorme capacidad para transformarse.

Nos conocen por nuestra alegría, pero hoy también nos miran como un país herido. No debemos aceptar esa imagen como destino. Somos quienes inventamos la televisión a color, formamos científicos y astronautas, triunfamos en competencias académicas y creamos obras reconocidas en todo el mundo. Somos la tierra del mariachi, de las ferias, de la memoria, de las civilizaciones antiguas y de una cinematografía que marcó una época.

México tiene templos, paisajes, costas, desiertos, selvas, flora y fauna extraordinarias. Posee humor, ingenio y lealtad a sus símbolos. Esa riqueza no elimina nuestros problemas, pero nos recuerda que contamos con razones y capacidades para enfrentarlos. La violencia y la anticultura no deben definirnos.

Los niños y adolescentes son la clave de los cambios futuros. Educar en casa, buscar espacios seguros para su desarrollo, conocer sus amistades, escucharlos y permanecer cerca de ellos no son tareas menores: son formas concretas de prevención.

Las redes sociales al servicio del mal

En las redes sociales, el mal también encuentra espacio. La privacidad puede confundirse con aislamiento, y la libertad, con ausencia de límites. Para proteger a niños y jóvenes es necesario comprender cómo piensan y ponerse en su lugar. Necesitan orientación y escucha; las imposiciones sin diálogo suelen producir distancia y ocultamiento.

No basta con castigar o prohibir. Los adultos debemos convertirnos en aliados confiables. Antes se decía: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Hoy podríamos añadir: “Dime con quién te conectas y te diré qué riesgos corres”.

Temas sensibles como el suicidio, el acoso, la violencia sexual o la extorsión digital no deberían evitarse por miedo a sembrar ideas. Una conversación adecuada, respetuosa y acorde con la edad puede abrir una puerta de protección. El silencio, en cambio, deja a los menores solos frente a información y personas que quizá no saben cómo enfrentar.

Quienes buscan hacer daño utilizan las redes con rapidez y habilidad. Allí encuentran posibles víctimas que confían en identidades falsas y entregan información íntima sin dimensionar el peligro. Algunas personas manipuladoras estudian técnicas de persuasión y aprovechan las necesidades emocionales de los demás para acercarse a ellas.

Si hay niños en casa, conviene conocer las plataformas que usan, preguntar qué contenidos consumen y explicarles que una fotografía, un nombre o una historia en internet pueden ser falsos. Una cuenta completa puede haber sido copiada de otra persona. Detrás de una imagen atractiva puede encontrarse alguien con intenciones muy distintas.

El acompañamiento digital debe adaptarse a la edad y madurez del menor. Es preferible establecer acuerdos claros sobre dispositivos, horarios, privacidad y situaciones de emergencia, en lugar de recurrir a una vigilancia secreta e ilimitada. La confianza es una herramienta de protección; si se rompe, puede resultar muy difícil recuperarla.

Tantos villanos, y justo es mi vecino

Todo es posible: alguien responsable de un homicidio puede vivir en nuestra colonia, caminar por nuestra calle o presentarse como una persona ordinaria. No se trata de entrar en pánico ni de sospechar de todos, sino de comprender que la violencia no es un espectáculo distante.

Combatir este mal social exige información confiable, comunicación y unión comunitaria. Arrastramos décadas de descuido educativo y profundas desigualdades. Ese rezago se refleja en una sociedad golpeada, pero no condenada.

Los estudios que, en aquellos años, ubicaban a ciudades mexicanas entre las más violentas del mundo eran una advertencia que no debía normalizarse. Las autoridades tenían —y siguen teniendo— la obligación de responder con políticas eficaces, instituciones profesionales y resultados medibles. La ciudadanía debe observar, exigir y participar.

Nosotros también podemos impulsar el cambio comenzando por quienes nos rodean. Compartamos información útil, orientemos a quienes forman parte de nuestro círculo y promovamos conductas positivas. No hay esfuerzos insignificantes ni personas excluidas de esta tarea: cada acción responsable puede convertirse en parte de una transformación mayor.

No todo depende de un gobierno, pero tampoco debe descargarse la responsabilidad pública sobre las familias. La salida requiere instituciones sólidas y ciudadanía activa; educación y justicia; prevención y sanción; oportunidades y compromiso comunitario.

¿Quién va a salvarnos? Nosotros, sin renunciar por ello a exigir que cada autoridad cumpla con su deber. Somos quienes han escrito miles de historias y quienes continuarán escribiéndolas. Es momento de actuar para construir un lugar más seguro y digno para todos.

Por un México mejor. ¡Viva México!

Texto original escrito en 2020

Andrés Vancook • www.AndresVancook.com

© Derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, así como su almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin autorización previa del autor.